

# **La taxonomía de la ausencia**

**Blog "Bitácora de un bibliotecario" | 2025**

**Edgardo Civallero**

Esta serie examina cómo las bibliotecas, los archivos y los museos hacen algo más que clasificar el conocimiento: definen los límites de lo que se recuerda y lo que se borra. Arraigados en la lógica colonial y eurocéntrica, estos sistemas se esfuerzan por mantener las formas de conocimiento indígenas, orales, ecológicas y relacionales, reduciéndolas a menudo a notas al pie, anomalías, o absolutas ausencias. Esta serie explora no sólo lo que falta, sino por qué falta, cuestionando los sesgos estructurales de la catalogación, los metadatos y las prácticas archivísticas. Yendo más allá del acto de "rellenar huecos", se pregunta cómo podríamos dismantelar y reimaginar las propias arquitecturas del conocimiento.

## **La taxonomía de la ausencia #01**

### **El silencio en el catálogo**

#### **Cuando otros sistemas de conocimiento no encajan en el índice**

Las bibliotecas, los archivos y los museos se construyen para organizar el conocimiento y la memoria. Para hacerlos accesibles, consultables y preservarlos a lo largo del tiempo.

Pero no son espacios neutrales. Estructuran los documentos y contenidos de cierta manera, determinando qué se reconoce, quién es citado, y qué formas de conocimiento quedan en los márgenes o completamente ausentes.

Las instituciones científicas han dado forma a la investigación en los trópicos durante mucho tiempo, pero la organización de ese conocimiento refleja profundas asimetrías. Los sistemas de clasificación en los que se apoyan bibliotecas, archivos y museos surgieron de tradiciones intelectuales europeas. Esos sistemas asumen que el conocimiento es fijo, textual y jerárquico. Y luchan contra (o simplemente se resisten a) epistemes y formas de conocimiento que son dinámicas, orales y relacionales.

El resultado es que los sistemas de conocimiento indígenas, las comprensiones ecológicas incrustadas en narraciones o las taxonomías biológicas que reflejan profundas interconexiones entre especies y paisajes a menudo no encajan.

Si un conocimiento no está indexado, no puede ser encontrado. Y si no puede ser encontrado, a menudo se asume que no existe.

#### **La clasificación como forma de poder**

La catalogación y la clasificación suelen verse como procesos técnicos, pero tienen consecuencias epistemológicas profundas. La estructura de una colección de documentos

refleja supuestos sobre el conocimiento: qué es fundamental, qué es secundario, qué es científico y qué es folclore.

Las historias transmitidas oralmente se colocan bajo "mitología" en lugar de "historia". El conocimiento de plantas medicinales que ha guiado la sanación por siglos se cataloga bajo "etnobotánica" en vez de "farmacología". Las técnicas indígenas de manejo territorial que modelan la conservación de la biodiversidad no se reconocen como "ciencia", sino que se enmarcan como "tradiciones culturales".

Esto no es una omisión accidental. El conocimiento que no se ajusta a los modelos de clasificación dominantes permanece fuera de los sistemas formales, tratado como anecdótico, informal o pre-científico.

### **Los silencios en la investigación sobre biodiversidad**

Bibliotecas, archivos, museos y otras instituciones similares conservan los diarios de campo de las primeras expediciones científicas, los registros que dieron forma a las taxonomías y los mapas que definieron la investigación ecológica. Estos materiales documentan la biodiversidad en los trópicos (y en otras regiones), pero también revelan las brechas estructurales dentro del relato científico.

Muchos de estos documentos históricos contienen referencias a guías locales, informantes anónimos y expertos indígenas cuyas contribuciones quedaron sin reconocimiento. Las descripciones taxonómicas proporcionan nombres en latín, pero rara vez reconocen las clasificaciones indígenas. Los artículos científicos se basan en conocimientos ecológicos observados en la práctica local, pero despojan estos saberes de sus contextos históricos, culturales y lingüísticos.

Las colecciones documentales no son solo repositorios: son mecanismos que determinan qué se recuerda y qué se olvida. La información que no encajaba en los marcos científicos de la época quedó sin registrar o relegada a anotaciones marginales. Estos silencios no son meros vacíos en el discurso: reflejan patrones más profundos de exclusión epistémica.

### **Descolonizar el catálogo: repensar la clasificación**

Expandir los sistemas de clasificación para acomodar el conocimiento indígena o local no es suficiente. La estructura misma debe repensarse. Los sistemas construidos sobre la separación taxonómica tienen dificultades para integrar datos que son relacionales. Si la importancia de una planta no radica solo en su especie, sino en su papel dentro de un ecosistema, una tradición curativa o una práctica cultural, ¿dónde encaja en un sistema de clasificación que exige categorías discretas?

Las bibliotecas, archivos y museos han privilegiado históricamente los registros escritos sobre las tradiciones orales, reforzando la invisibilidad de los conocimientos transmitidos mediante la palabra, el ritual, el arte o la práctica corporal. Abordar este desequilibrio no requiere solo nuevos campos de metadatos, sino una interrogación más profunda sobre por qué ciertas formas de conocimiento se consideran documentos válidos mientras que otras no.

Las prácticas de atribución también necesitan replantearse. El conocimiento indígena y local se extrae con frecuencia para la investigación, pero rara vez se cita como fuente legítima en sí misma. Los modelos de autoría científica privilegian a los individuos sobre las comunidades, dificultando el reconocimiento de formas de conocimiento colectivas e intergeneracionales. Reconocer las contribuciones no-occidentales implica ir más allá de los reconocimientos simbólicos y avanzar hacia una reestructuración de cómo se define la autoridad.

## **En busca de la justicia epistémica**

Las bibliotecas, archivos y museos moldean la manera en que el conocimiento y la memoria se estructuran, se acceden y se legitiman. El desafío no es solo incluir información marginalizada, sino cuestionar los sistemas que la marginalizaron en primer lugar.

Descolonizar bibliotecas y espacios similares no consiste únicamente en ampliar colecciones o agregar nuevas categorías temáticas. Requiere plantear preguntas más profundas sobre cómo se construyen la clasificación, el acceso y la autoridad. Si ciertos sistemas de conocimiento han sido excluidos porque no encajan en los marcos existentes, entonces son estos marcos los que deben transformarse.

La pregunta no es solo qué información falta.

La pregunta es si bibliotecas, archivos y museos están listos para reconocer el conocimiento en sus propios términos, en lugar de forzarlo a encajar en sistemas que nunca fueron diseñados para albergarlo.

## La taxonomía de la ausencia #02

### ¿Qué se considera un documento?

#### Literocentrismo y límites

##### Introducción

En el mundo de las bibliotecas y los archivos, la definición de "documento" se ha visto limitada durante mucho tiempo por ciertos supuestos: que sea impreso o digital, que lleve el sello de una institución académica o de una editorial reconocida, o que haya sido formalmente redactado, clasificado y publicado.

En este marco, todo lo que no se ajusta a estos parámetros —tradiciones orales, paisajes y territorios, conocimientos incorporados al cuerpo, memoria colectiva— tiende a descartarse como poco fiable, desestructurado o incluso inexistente en términos de gestión de conocimiento y memoria.

Esto no es un simple descuido. Puede considerarse un acto de violencia epistémica.

La idea de que el conocimiento debe estar escrito, almacenado y reconocido institucionalmente para ser "válido" es una construcción histórica, que hunde sus raíces en el poder colonial, en la expansión del control estatal, y en la necesidad burocrática de clasificar y contener. Este sesgo es resultado directo del literocentrismo, un término que he acuñado para expresar el privilegio del texto escrito sobre otras formas de transmisión del conocimiento.

Y, sin embargo, cuando miramos más allá de este marco rígido, descubrimos que el mundo siempre ha estado lleno de documentos que no caben en las estanterías de las bibliotecas ni en los repositorios digitales.

## **Una biblioteca sin estanterías: El bosque como archivo**

En El bosque como biblioteca: Lo que recuerdan los árboles, los suelos y los ríos, exploré la idea de que los propios paisajes son sistemas de conocimiento que guardan la memoria en los anillos de los árboles, las conexiones subterráneas de los micelios, las capas del suelo, el movimiento de los ríos... No se trata de metáforas poéticas; cada organismo del bosque tropical forma parte de un archivo real de información, registros históricos codificados tanto en la naturaleza como en las culturas de los muchos pueblos que viven entre ellos.

Y, sin embargo, al no estar formateados como libros ni estar digitalizados en bases de datos, siguen siendo invisibles para las estructuras institucionales, oficiales y hegemónicas que definen lo que merece la pena conservar y lo que se puede olvidar.

El problema, sin embargo, va más allá de la naturaleza. Civilizaciones enteras han conservado, almacenado y transmitido conocimientos a través de formas que las bibliotecas y los archivos siguen ignorando. Mapas trazados en pieles de animales o en cortes de pelo, historias construidas en la arquitectura, cosmologías codificadas en tejidos y cestas, genealogías y sistemas jurídicos transmitidos a través de la gobernanza oral y las canciones: cada uno de ellos representa vastos e intrincados corpus de conocimiento y memoria.

Sin embargo, a menudo se les trata como folclore, leyendas o meros artefactos culturales, en lugar de como lo que realmente son.

## **La tiranía de la palabra escrita**

Durante siglos, la palabra escrita ha prevalecido sobre cualquier otra forma de transmisión de información. La suposición de que algo sólo es real si está documentado en un texto ha provocado profundas pérdidas, no sólo del conocimiento en sí, sino también de las comunidades y tradiciones que lo sustentan.

La oralidad, por ejemplo, se tacha de poco fiable o anecdótica. Sin embargo, contiene conocimientos científicos detallados —sobre plantas medicinales, ciclos ecológicos, patrones climáticos— que han sido probados y perfeccionados durante generaciones. Un libro de botánica se considera válido, mientras que el conocimiento de un curandero, transmitido a través de la palabra y la práctica, no. ¿Por qué? Porque uno encaja en el modelo hegemónico y el otro no.

Así funciona el literocentrismo.

### **¿Quién decide lo que importa?**

Los bibliotecarios, archivistas y profesionales de la información desempeñan un papel crucial a la hora de definir y aplicar lo que se considera un documento y, por extensión, lo que se considera conocimiento.

Este poder no es neutral, por mucho que quienes gestionan el conocimiento y la memoria reivindiquen su "neutralidad".

Al reconocer como válidos únicamente los textos académicos escritos y aprobados por el sistema dominante, el campo de la bibliotecología ha reforzado históricamente los sistemas de colonialismo y exclusión. Ha dejado de lado las experiencias de las comunidades indígenas, la sabiduría de los historiadores locales y la legitimidad de las epistemologías no occidentales. Ha tratado el conocimiento como algo que debe almacenarse en libros, en bases de datos, en depósitos institucionales, en lugar de como algo que se vive, se practica y se transmite más allá de las limitaciones del registro escrito.

### **Rompiendo los límites de la documentación**

Debemos empezar a ampliar lo que consideramos un documento.

Debemos rechazar la idea de que sólo merece la pena preservar determinados tipos de saber.

Debemos reconocer que las historias que se transmiten en los cuerpos, en las ceremonias, en los paisajes, en las lenguas en vías de extinción, son tan vitales como cualquier libro de nuestras colecciones.

Esto significa ampliar los sistemas de catalogación para reconocer el conocimiento no escrito y no digitalizado. Significa crear marcos éticos que respeten la soberanía de los poseedores del conocimiento. Significa apoyar prácticas de archivo impulsadas por la comunidad, en lugar de modelos extractivos que se apropian del conocimiento sin devolverlo. Significa abogar por cambios políticos que desafíen las estructuras coloniales aún arraigadas en la ciencia de la información.

Si el conocimiento puede almacenarse en raíces y hojas, en discursos orales, en tradiciones anteriores a la imprenta, entonces ¿por qué seguimos pretendiendo que sólo importan los libros y los servidores?

Si la bibliotecología consiste realmente en preservar el conocimiento, entonces ¿qué hará falta para reconocer por fin el conocimiento que ha estado aquí todo el tiempo?

## **La taxonomía de la ausencia #03**

### **Archivando a los ocupados**

#### **Colonialismo y organización del conocimiento**

##### **Introducción**

El legado del trabajo de campo científico en las regiones tropicales no se limita a los especímenes recogidos o a los artículos publicados. Se extiende a los propios archivos que albergan esos materiales, donde el conocimiento se forma, se enmarca y a menudo se distorsiona por la política de su recopilación. Para los archivistas, bibliotecarios y trabajadores de la memoria, la cuestión de cómo documentar y organizar los materiales científicos coloniales exige tener en cuenta las estructuras de poder que dieron forma a su creación y difusión.

Cuando nos fijamos en las expediciones científicas en los trópicos, debemos preguntarnos: ¿Cómo se omitieron en el registro las voces de las personas que facilitaron esas expediciones y cuyos conocimientos las hicieron posibles? ¿Cómo abordamos el hecho de que el propio archivo, en su propia formación, reforzara las estructuras coloniales de poder?

##### **La catalogación desde una perspectiva colonial**

El primer paso para abordar las raíces coloniales del trabajo científico de campo es comprender los propios archivos. Muchos de los especímenes, diarios y notas de campo que se conservan en instituciones científicas de todo el mundo se recogieron en condiciones coloniales. Sin embargo, cuando esos materiales se catalogaron, se organizaron con arreglo a marcos que generalmente excluían las contribuciones de los guardianes indígenas del conocimiento, los guías locales y otros colaboradores.

Los sistemas de clasificación utilizados en esos archivos —la taxonomía biológica, los descriptores geográficos, las categorías antropológicas...— estuvieron moldeados por agendas colonialistas. Los nombres que aparecieron en esos registros rara vez fueron los de los indígenas o campesinos que guiaron las expediciones o identificaron los especímenes; en su lugar, se conservaron los nombres de los exploradores, científicos e instituciones europeas. La documentación científica se convirtió, en esencia, en una herramienta para seguir colonizando, reforzando la idea de que el conocimiento sólo podía ser válido si se ajustaba a las epistemologías occidentales.

Para los bibliotecarios y archivistas que trabajan hoy con estas colecciones, la cuestión es la siguiente: ¿Cómo catalogamos el conocimiento que ha sido extraído, clasificado erróneamente o borrado? ¿Cómo conciliamos los datos de los archivos con el imperativo ético de hacer que esos materiales sean accesibles, responsables y restauradores?

### **Ética de la autoría y la atribución**

Uno de los principales retos de la descolonización de los archivos científicos es la cuestión de la autoría. Los registros científicos, desde los diarios de campo hasta las listas de especímenes, suelen citar los nombres de científicos europeos, pero rara vez reconocen a los colaboradores locales que hicieron posible el trabajo de campo. El papel de los guías locales, intérpretes y guardianes del conocimiento suele quedar relegado a un segundo plano, si es que se los menciona.

Como bibliotecarios, tenemos la responsabilidad no sólo de mantener esos registros, sino también de cuestionar su integridad. La autoría en los archivos científicos debe reflejar la naturaleza colaborativa de la producción de saberes. Esto incluye añadir la atribución de los colaboradores locales y los guardianes del conocimiento, cuando sea posible, y proporcionar metadatos que reconozcan su labor intelectual. Además, exige cuestionar los sistemas de catalogación existentes —que dan prioridad a metodologías y marcos occidentales— y, en

su lugar, tratar de incorporar los sistemas de conocimiento y las epistemologías indígenas y locales.

La catalogación ética implica ampliar el alcance de la autoría más allá del tradicional "investigador principal" y reconocer el trabajo colectivo que sustenta el descubrimiento científico. Esto puede implicar crear sistemas de indización alternativos, vincular las colecciones científicas con historias orales y colaborar con comunidades locales para garantizar que el conocimiento esté representado y acreditado adecuadamente.

### **Reformulando el archivo: Vinculando sistemas de conocimiento**

Una parte fundamental de la labor de descolonización de los archivos consiste en reconocer las limitaciones de los sistemas de clasificación tradicionales. Los sistemas occidentales de catalogación y clasificación —ya sea en bibliotecas, archivos o museos— se basan en epistemologías que suelen excluir formas de conocimiento no occidentales. Los sistemas de conocimiento indígenas, por ejemplo, suelen ser orales, experienciales y relacionales, en lugar de basados en texto y fijos en el tiempo.

En el contexto del trabajo de campo científico en los trópicos, esto supone un reto único. Los especímenes pueden clasificarse según las taxonomías occidentales, pero los conocimientos que encierran —su significado cultural, su función ecológica y sus usos tradicionales— a menudo se mantienen invisibles. Esta laguna en la clasificación no sólo distorsiona el registro histórico, sino que perpetúa la eliminación de las epistemologías indígenas y locales.

Para solucionar este problema, archivistas y bibliotecarios deben adoptar un enfoque clasificatorio más flexible. Esto podría incluir la incorporación de nombres, significados y usos indígenas y locales en los metadatos de los especímenes científicos. También podría incluir referencias cruzadas de especímenes botánicos o zoológicos con sistemas de

conocimiento e historias orales indígenas y locales. Estas prácticas no sólo enriquecen el registro, sino que también proporcionan una representación más precisa y holística de los conocimientos transmitidos de generación en generación.

### **Pasos prácticos para descolonizar los archivos**

La descolonización de los archivos científicos no consiste sólo en añadir nuevos metadatos o reconocer omisiones, sino en replantearse todo el proceso de producción de conocimiento, documentación y acceso. Para restaurar realmente el registro, archivistas y bibliotecarios deben colaborar con las comunidades en las que se originó la información, asegurándose de que sus voces no sólo se escuchan, sino que se integran en el proceso de documentación en curso.

La descolonización de los archivos científicos exige abordar varias cuestiones clave, empezando por la necesidad de consultar a las comunidades locales. Solo a través de la colaboración con los poseedores de conocimientos indígenas y locales podemos garantizar que sus aportaciones se reconozcan e integren adecuadamente en el archivo. Este proceso de colaboración ayuda a construir un registro más completo, que refleje las diversas voces que dieron forma al conocimiento que ahora poseemos.

Otro aspecto importante es la reevaluación de los sistemas de catalogación existentes. Esos sistemas, que tradicionalmente se han basado en epistemologías occidentales, a menudo no representan todo el espectro de conocimientos presentes en el registro científico. Para descolonizar el archivo, estos sistemas deben ser revisados críticamente y ajustados para que incluyan más epistemes distintas, en particular las indígenas y locales, históricamente marginadas o borradas.

El proceso de creación de archivos colaborativos también es crucial para avanzar hacia un espacio descolonizado. Los archivos deben reflejar la naturaleza colaborativa de la

producción de conocimiento, donde las contribuciones de los gestores locales tengan el mismo valor que las de los científicos "oficiales". Esto significa no sólo reconocer el papel de los guías e informadores locales, sino también garantizar que sus voces se conservan en los archivos.

Por último, debemos abordar la cuestión de la procedencia y los metadatos. Las colecciones científicas suelen llevar un legado colonial en su documentación, y es vital garantizar que la procedencia de esos materiales esté plenamente documentada. Los metadatos deben reflejar el contexto colonial en el que se crearon esas colecciones, reconociendo la dinámica de poder que determinó la producción y el uso de los materiales. De este modo, empezaremos a corregir la narrativa histórica y a hacer del archivo un reflejo más fiel del pasado.

### **Hacia un archivo más integrador**

La labor de descolonización de los archivos científicos exige algo más que un cambio superficial en la forma de catalogar o de presentar los materiales. Exige una modificación fundamental en la forma de entender el propio conocimiento. Es preciso reconocer la naturaleza colaborativa y a menudo controvertida de la producción de saberes para que podamos crear archivos más inclusivos: archivos que respeten a todos los contribuyentes y reconozcan las dinámicas de poder que dieron forma a los registros que hoy conservamos.

Como bibliotecarios, archivistas y trabajadores de la memoria, tenemos la oportunidad única —y la responsabilidad ética— de transformar la forma en la que se documenta, almacena y comparte la información. Podemos contribuir a la creación de un archivo que no sea un mero reflejo de la historia, sino un espacio para la restitución, la reparación y la justicia.

## **La taxonomía de la ausencia #04**

### **Catalogando el arrecife**

#### **Lo que las bibliotecas pueden aprender de la gobernanza del coral**

##### **Memoria sin metadatos**

En muchas partes del mundo, los arrecifes de coral se leen como bibliotecas: ese coral pertenecía a aquel antepasado, aquella laguna guarda la memoria de un ritual, y aquel otro arrecife no se toca hasta que la luna señala el momento oportuno. No hay catálogo, ni código de barras, ni esquema de metadatos. Sin embargo, todos los miembros de las comunidades humanas que han interactuado con los arrecifes saben exactamente cómo leer ese mundo sumergido. El mar, en ese contexto, no es un objeto que observar o un recurso que extraer: es un sistema de memoria vivo, construido y sostenido a través de la relación.

¿Y si la bibliotecología se hubiera construido sobre ese tipo de lógica? ¿Qué significaría entender el conocimiento no como información fija almacenada en contenedores institucionales, sino como algo relacional, cíclico, mantenido colectivamente a través del ritual, la transmisión oral y la intuición ecológica?

##### **La rítmica gobernanza del mar**

Las bibliotecas, tal y como las conocemos, no son espacios neutrales. Son infraestructuras de autoridad epistémica, moldeadas por las convenciones de la cultura impresa, los legados coloniales y los privilegios de los alfabetizados. La mayoría de nosotros hemos sido formados para valorar lo que está escrito, confiar en lo que está fijado y preservar lo que se ajusta a criterios predeterminados. Pero la gobernanza de los arrecifes —como muchos sistemas de conocimiento tradicionales y locales— funciona según una lógica diferente. No se basa en

la permanencia o la universalidad, sino en el ritmo, la comunidad y la capacidad de respuesta ecológica.

En el Pacífico, el Caribe y el Triángulo de Coral, sistemas como la *sasi* (en Maluku), el *ra'ui* (en las Islas Cook) y las prácticas ceremoniales afrocaribeñas han regido la conservación marina durante generaciones. No se trata de costumbres informales o tradiciones románticas, sino de metodologías estructuradas basadas en la observación colectiva y en conocimientos ecológicos testeados a lo largo del tiempo. Regulan cuándo y dónde pescar, qué especies evitar durante la reproducción y cómo relacionarse con los territorios marinos como entidades vivas y no como zonas extractivas. Y lo que es más importante, esos sistemas no se aplican mediante sanciones estatales o derechos de propiedad, sino a través del consenso social, la autoridad ritual y la responsabilidad ancestral. El conocimiento no se transmite a través de revistas o bases de datos, sino mediante cantos, ceremonias y la administración intergeneracional.

### **La clasificación como borrado**

Este modo de gobernanza difiere radicalmente de los supuestos epistemológicos que sustentan la bibliotecología moderna. Mientras que las bibliotecas tienden a tratar el conocimiento como algo discreto, que se puede poseer y extraer, la gobernanza de los arrecifes lo trata como algo integrado, contextual y emergente. El "archivo" del mar no es una colección estática de documentos sino un sistema rítmico en el que la memoria se desarrolla en el tiempo: en estaciones, en ciclos, en cierres y reaperturas rituales. El acceso no viene determinado por credenciales o infraestructuras, sino por la posición de la comunidad, la disposición ética y las señales ecológicas.

Este contraste pone de relieve un problema fundamental de la forma en que se han construido las bibliotecas y los archivos: se basan en sistemas de clasificación (la Clasificación Decimal Dewey, los encabezamientos de materia de la Biblioteca del Congreso

o los registros MARC) que reducen la complejidad del conocimiento a taxonomías jerárquicas producidas desde posiciones eurocéntricas del mundo. Estos sistemas aplanan el significado, borran la especificidad cultural y reubican ontologías plurales en términos de legibilidad, en lugar de respeto.

Así como la ciencia marina colonial reclasificó las especies de los arrecifes y borró los nombres locales en el proceso, nuestras infraestructuras de metadatos renombran y tergiversan sistemas enteros de conocimiento. Los usos locales de las plantas, las cosmologías orales y las prácticas de memoria comunitaria a menudo se clasifican erróneamente o se excluyen por completo porque no se ajustan a las nociones occidentales de autoría, documentación o evidencia.

### **Violencia epistémica en los archivos**

No se trata sólo de una cuestión semántica. Es una de violencia epistémica. Cuando las bibliotecas adoptan sistemas de clasificación universalistas, no se limitan a organizar la información, sino que participan en la eliminación de otras formas de saber. El resultado es un archivo que preserva ciertas voces al tiempo que silencia otras estructuralmente. Se convierte, como muchos registros científicos marinos, en un sistema de memoria construido sobre el olvido.

Entonces, ¿cómo sería construir bibliotecas que funcionen más como arrecifes de coral, no como metáfora, sino como método? Los arrecifes no son colecciones en el sentido convencional. Son ecosistemas interdependientes, donde cada elemento está conectado con los demás y donde la salud del conjunto depende del equilibrio relacional. En un arrecife, el conocimiento no se almacena: se regenera. Se materializa en los patrones migratorios, en el regreso estacional de los peces, en el desove del coral sincronizado con los ciclos lunares. Se vive, no se archiva.

## **Bibliotecas que se adaptan como arrecifes**

Trasladar esto a la bibliotecología significa replantearse todo: desde la adquisición hasta el acceso. ¿Y si las colecciones no estuvieran determinadas por la cantidad o el prestigio, sino por la ética relacional — lo que la comunidad necesita, lo que el ecosistema permite, lo que el contexto exige? ¿Y si las políticas de acceso no se rigieran por la neutralidad, sino por la responsabilidad — quién tiene derecho a acceder a ese conocimiento y en qué condiciones? ¿Y si los sistemas de metadatos se diseñaran para reflejar múltiples ontologías, permitiendo la denominación por capas, el contexto narrativo y las asociaciones cíclicas, en lugar de etiquetas fijas?

También significa aceptar que no todo el conocimiento puede —o debe— digitalizarse o almacenarse. Del mismo modo que no se puede extraer un pólipo de coral y esperar que regenere un arrecife, tampoco se puede aislar un canto, el nombre de una planta o un protocolo ritual y esperar que tenga todo su significado fuera de su entorno relacional. Algunos sistemas de conocimiento requieren presencia, participación y reciprocidad. Requieren confianza, no sólo citas.

## **Los recuerdos del arrecife**

El punto es que el arrecife recuerda. Recuerda los periodos de silencio en los que nadie pescaba. Recuerda los nombres que le daban antes del renombramiento colonial. Recuerda las ceremonias que regían sus ritmos y la gente que respetaba su lógica. Y también recuerda las perturbaciones: los arrastreros, los turistas, los recolectores de datos, las leyes de zonificación que nunca consultaron a quienes mejor conocían el mar.

Como bibliotecarios, podemos elegir. Podemos seguir construyendo sistemas de memoria que reflejen la lógica de la extracción y el control. O podemos empezar a diseñar infraestructuras de cuidado, reciprocidad y ritmo.

Y podemos reconocer que el conocimiento no es sólo una mercancía que hay que preservar, sino un sistema vivo que hay que alimentar.

## La taxonomía de la ausencia #05

### Taxonomías quebradas

#### Hacia una bibliotecología botánica y decolonial

#### Cuando el conocimiento se aplasta

Catalogar es enmarcar. Etiquetar es delimitar. Y sistematizar es a menudo —demasiado a menudo— extraer.

Los herbarios no son tan diferentes de las bibliotecas. Ambas son instituciones de la memoria. Ambas conservan rastros de mundos. Y ambas operan bajo la apariencia de neutralidad mientras promulgan sistemas de profundo control epistémico. Una planta prensada no es muy distinta de un libro encuadernado: se extrae de su suelo nativo, se seca, se contiene, se clasifica y se almacena para su consulta, a menudo por parte de personas alejadas de los contextos que le dieron significado.

En bibliotecología nos enseñan a confiar en la clasificación. A creer en los metadatos. A estructurar. A ordenar. Pero, ¿y si el propio acto de ordenar forma parte de la violencia?

#### Los metadatos como mala traducción

En las tradiciones taxonómicas heredadas de la historia natural europea, nombrar es un ejercicio de dominación. Los binomios linneanos se promocionan como universales, pero silencian miles de ontologías locales, cada una con sus propios sistemas de clasificación, uso y significado. Cuando una planta conocida a través del ritual, la cosmología y el conocimiento relacional se convierte simplemente en *Nicotiana tabacum*, no hemos traducido. Hemos amputado.

Lo mismo ocurre en las bibliotecas. Los vocabularios controlados borran la multiplicidad. Los encabezamientos de materia reducen el conocimiento vivo a descriptores burocráticos. Una cosmología se convierte en "Mitología - Indígena". Un canto curativo se convierte en "Medicina - Tradicional". Un territorio se convierte en "Regiones en desarrollo". Lo que se enmarca como organización es a menudo una tergiversación. Lo que se considera "legibilidad" suele ser simple eliminación.

Los metadatos —como la taxonomía— nunca son neutrales. Siempre son de un autor. Y tanto en los herbarios como en las bibliotecas, esa autoría ha servido históricamente a agendas coloniales, extractivas y universalistas.

### **Anotaciones que nunca llegaron**

En los márgenes de las notas de campo científicas —y en las fichas de los catálogos y los campos MARC de las bibliotecas— hay ausencias. Fantasmas de voces a las que nunca se permitió la entrada plena. Los informantes indígenas aparecen sin nombre. El conocimiento ritual aparece como "superstición" o desaparece por completo. Las epistemologías multisensoriales, orales y corporales se traducen en prosa plana o se omiten por completo.

La bibliotecología ha reflejado este aplanamiento. Privilegiamos lo escrito sobre lo oral. Lo codificado sobre lo interpretado. Lo fijo sobre lo fluido. Como resultado, las bibliotecas — como los herbarios— se convierten en archivos de memoria parcial. Lo que encaja es lo que se conserva. El resto se anota a pie de página o se olvida.

### **El prensado epistémico**

Una hoja de herbario es una infraestructura. También lo es el catálogo de una biblioteca. Ambas configuran lo que se considera conocimiento. Ambos determinan quién habla y quién es citado, indexado, recuperado y recordado.

Pero, ¿y si nos tomáramos en serio el llamamiento a descomprimir estos pliegos? ¿A rehidratar las historias? ¿Reconstruir taxonomías no en torno a la universalidad, sino en torno a la relacionalidad?

¿Qué significaría construir sistemas bibliotecarios en los que una planta pudiera indexarse no sólo por género y especie, sino por sabor, por estación, por ceremonia, por nombre en una canción? ¿Donde las entradas del catálogo pudieran contener cantos, donde los campos de metadatos pudieran dar cabida a múltiples cosmologías, no como añadidos, sino como lógicas estructuradoras centrales?

### **Descolonizar el herbario... y la biblioteca**

Varios proyectos radicales —archivos comunitarios, iniciativas de catalogación indígena, marcos de justicia epistémica— ya están señalando el camino. Pero el verdadero cambio no vendrá de la inclusión de más términos o de la "diversificación" de los registros de autoridad. Vendrá de dismantelar las estructuras que requieren aplanamiento en primer lugar.

Las bibliotecas, al igual que los archivos científicos, deben pasar del almacenamiento a la administración. De la extracción a la reciprocidad. De la clasificación a la relación.

Ese cambio requiere un tipo diferente de bibliotecario: uno que escuche las ausencias, que cuestione la etiqueta, que lea entre líneas lo que el catálogo no dice.

### **El lenguaje nunca se perdió**

Las hojas aún hablan. El herbario aún recuerda. Y lo mismo ocurre con la biblioteca, si estamos dispuestos a desaprender cómo nos enseñaron a escuchar.

Para construir una bibliotecología digna del conocimiento que pretende preservar, primero debemos admitir lo mucho que ha borrado. Y después, con cuidado y valentía, comenzar la lenta y necesaria labor de reanotar.

No para "recuperar" el pasado, sino para permitir que el futuro crezca en un terreno más rico.

## **La taxonomía de la ausencia #06**

### **Cuando el archivo no respira**

#### **El olor, el silencio y los límites sensoriales de la bibliotecología**

##### **Memoria sin nariz**

Las bibliotecas están hechas para el papel. Para el texto. Para palabras encadenadas a superficies. Y cuando se extienden, lo hacen hacia el sonido y la imagen: podcasts, vídeo, historia oral, películas digitalizadas. ¿Pero el olor? El olor no tiene estante. Ni campo de metadatos. Ni protocolo de conservación. Ni número de clasificación. En la arquitectura de nuestras instituciones, apenas se registra.

Y, por tanto, termina desapareciendo.

Hablamos de preservar el conocimiento, salvaguardar la memoria y garantizar el acceso a la información a largo plazo. Pero rara vez nos preguntamos: ¿qué tipos de conocimiento podemos percibir? ¿Qué epistemes quedan fuera de nuestras colecciones, no porque no sean valiosas, sino porque no son imprimibles?

Aquí hay un sesgo. Uno profundo y sensorial, que subyace a toda nuestra profesión. Hemos construido repositorios literarios, visuales y textuales para albergar el mundo. Pero el mundo también es aromático, fermentado, respirado y quemado. Y no sabemos cómo guardarlo.

##### **Catalogar la ausencia**

Tomemos como ejemplo un ritual. Una "limpieza". Una oración. Las hojas se cuentan. Las palabras se transcriben. Quizá se produzca un vídeo. Pero... ¿el olor de la resina? ¿La forma en que el humo se hace volutas en la habitación? Eso no se guarda. Se escapa del sistema. No es un accidente. Es un defecto de diseño. Uno terriblemente colonial.

La epistemología occidental lleva mucho tiempo exaltando lo que se puede ver, registrar y estabilizar. El archivo nació como un régimen visual: papel en carpetas, tinta en pergamino, texto en pantalla. La inclusión "moderna" del conocimiento sensorial rara vez va más allá del audio y la imagen. El olfato, el tacto, el gusto... se consideran efímeros, demasiado subjetivos, poco fiables.

En las prácticas de catalogación no existen campos estándar para los descriptores olfativos. En los esquemas de metadatos no hay etiquetas para el olor como saber. En los laboratorios de conservación no hay ningún plan para la longevidad aromática, a menos que se trate del olor del moho, que debe ser eliminado. Todo lo que no se pueda extraer, nombrar y almacenar se marca como "no información".

Hemos construido nuestros sistemas para reflejar lo que creemos que cuenta. Todo lo demás es ruido.

### **La higienización de la biblioteca**

La bibliotecología está obsesionada con la limpieza: de los datos, del aire, del olor. La sala de lectura ideal es silenciosa, estática y climatizada. El papel se protege de la humedad, los cuerpos del sudor, las colecciones del paso del tiempo. Pero este impulso hacia la esterilidad tiene consecuencias epistémicas. Nos condiciona a desconfiar de lo que es volátil, fugitivo o difícil de estandarizar.

En muchos sistemas de conocimiento indígenas y rurales, el olor no es decorativo. Es diagnóstico. Ritual. Comunicativo. El olor de una planta, la fermentación de una bebida, el humo de una ceremonia... no son atmósfera. Son archivos.

Borrarlos no es sólo perder un detalle. Es cortar la lógica que conecta el conocimiento con la respiración, el cuerpo y el lugar. Es volver ilegible toda una práctica de la memoria. Hacer como si nunca hubiera existido.

### **¿Puede una biblioteca aprender a oler?**

¿Qué significaría para las bibliotecas tener en cuenta el olor?

No sólo organizando exposiciones sobre plantas aromáticas o colocando paneles para rascar y oler en la pared, sino tratando el olor como una infraestructura epistémica. Como algo que conlleva memoria y significado por derecho propio: volátil, sí, pero no por ello menos real.

¿Podríamos catalogar el olor como presencia? ¿Incluir notas olfativas en grabaciones de campo, archivos comunitarios, historias alimentarias, rituales y etnografías? ¿Podríamos documentar el olor de la tierra después de la lluvia, o el de los remedios ancestrales, o el de las ofrendas quemadas? No perfectamente. No de forma permanente. Pero sí intencionalmente.

¿Podría un esquema de metadatos evolucionar para contener una nota que diga "esta planta olía a sudor"? ¿Podría una política de desarrollo de colecciones dar cabida al conocimiento fermentado, a la nube invisible que una vez rodeó a un objeto?

¿Podría una biblioteca... respirar?

### **Hacia una ética sensorial del trabajo con la memoria**

Cuando descartamos el olor por considerarlo demasiado inestable para ser archivado, no sólo estamos tomando una decisión técnica. Continuamos con una lógica histórica: la misma que marcó las prácticas indígenas como superstición, que desinfectó los espacios ceremoniales, y que sustituyó el olor de la habitación del curandero por un resplandor antiséptico.

Ampliar nuestro trabajo de memoria no es sólo incluir "más voces". Es incluir más sentidos. Reconocer que algunas formas de conocimiento no pueden representarse en su totalidad, y que nuestro trabajo no consiste en forzarlas a encajar, sino en dejarle espacio a su diferencia. Aprender a habitar lo que se nos escapa.

No todos los archivos se pueden tocar. Algunos sólo se pueden inhalar. ¿Y cuándo los perdamos? ¿Cuando la tierra ya no huele a sí misma? ¿Cuando la resina ya no arda en el ritual? ¿Cuando nadie recuerde el aroma asociado a "curación", a "luto" o a "hogar"?

Eso también es una forma de pérdida de memoria. Y deberíamos llamarla por su nombre.

## **La taxonomía de la ausencia #07**

### **Cuando una herramienta es un documento**

#### **Sobre bibliotecas, alfabetización material y epistemología del hacer**

##### **Los archivos que no podemos leer**

Las bibliotecas, los archivos y los museos llevan mucho tiempo privilegiando el conocimiento que puede escribirse, grabarse o fijarse visualmente. Sus infraestructuras se construyen en torno a la inscripción y la estabilización, y están diseñadas para preservar lo que puede almacenarse y recuperarse a través del texto, la imagen o el sonido.

Pero existe una clase de conocimiento que se resiste a esta captura: el que está incrustado en la práctica material. No se trata de objetos inertes, sino de herramientas: artefactos diseñados no sólo para actuar, sino también para pensar. Contienen hipótesis, codifican conocimientos ecológicos, estructuran relaciones y transmiten prácticas intergeneracionales.

En muchos sistemas epistémicos indígenas, rurales y locales, las herramientas son más que medios para un fin. Una red no sólo sirve para pescar, sino que incorpora la taxonomía y la hidrodinámica locales. Una trampa es etología hecha forma. Un remo es una filosofía cinética. Estas herramientas no son símbolos, sino alfabetizaciones: dispositivos epistémicos funcionales que se expresan a través de la forma, el uso y la adaptación.

Son archivos vivos. Su conocimiento se pone en práctica, no se describe. Y, sin embargo, nuestras instituciones, basadas en epistemologías alfabetizadas, carecen de los marcos necesarios para reconocerlas o preservarlas como tales. El conocimiento que contienen sigue sin leerse, no porque sea oscuro, sino porque no hemos aprendido a leer con las manos.

## **El sesgo literato y el marco epistémico**

La bibliotecología moderna asume que el conocimiento puede transcribirse, almacenarse y clasificarse. Pero esta creencia no es epistémicamente neutral. Refleja una visión específica del mundo: que el conocimiento es estable, universalizable y se gestiona mejor mediante la abstracción basada en el texto.

Este modelo privilegia la fijeza semántica sobre la variación incorporada. En él, el conocimiento se convierte en aquello que puede extraerse y hacerse legible mediante vocabularios estandarizados. Pero las herramientas se resisten a esa lógica. No describen el conocimiento, sino que lo ejecutan. Su gramática es procedimental y su significado depende de su uso.

Como tales, quedan fuera de nuestros esquemas de metadatos. Al carecer de inscripción, a menudo se catalogan como meros objetos, ilustrativos, no epistémicos. El resultado no es sólo una clasificación errónea. Es un fracaso epistemológico: una ceguera ante formas de conocimiento que van más allá de la inscripción.

## **Una cesta no es sólo una cesta**

Tomemos el ejemplo de una cesta de pesca que ha entrado a formar parte de la colección de un museo. Puede describirse como "cesta tejida; fibra de palma; utilizada para capturar peces; Colombia; c.1900". Nada en esta descripción es falso, pero falta todo lo importante.

El espaciado del tejido, la selección de la fibra, el momento de la recolección, las especies de peces que se capturan... todo codifica sofisticados conocimientos ecológicos. Pero nada de eso cabe en los campos de metadatos institucionales. No hay lugar para la ética de la recolección estacional, el papel del trabajo en función del género o la resonancia cosmológica del diseño.

Así que lo que entra en el archivo no es un sistema de conocimiento, sino una cáscara. Extraemos la cesta de su mundo de relaciones y la enmudecemos. Su conocimiento no se ha perdido, pero no hemos construido un sistema capaz de escucharlo.

### **Las herramientas como gramática, no como ilustración**

En los paradigmas académicos dominantes, las herramientas se tratan como productos del pensamiento, no como lugares del pensamiento en sí. Pero en muchos sistemas indígenas, rurales y locales, las herramientas son argumentos materiales. Una red, una trampa o un remo son proposiciones epistémicas. Codifican predicciones medioambientales, median en las relaciones éticas y transmiten teorías de generación en generación.

Y lo que es más importante, son pedagógicas. Un niño no aprende con instrucciones textuales, sino viendo a su abuela partir cañas, tejer patrones y poner a prueba su resistencia. Se trata de un aprendizaje material, situado, sensorial y preciso. No es menos riguroso por estar incorporado.

Sin embargo, nuestra infraestructura institucional no puede sostener este tipo de rigor. Nuestros metadatos carecen de espacio para el conocimiento procedimental. Un clasificador de semillas puede ser un sistema taxonómico; una cerbatana, una proposición ética. Pero no tenemos forma de describirlos como tales. Epistemologías enteras permanecen invisibles, no porque hayan desaparecido, sino porque nunca hemos aprendido a nombrarlas.

### **Preservar no es comprender**

La conservación suele enmarcarse en un proceso técnico: garantizar la supervivencia física o digital. Pero cuando el elemento a preservar es una herramienta, la supervivencia de la

forma es insuficiente. Conservar un remo sin preservar el movimiento, la relación o el ritual, es estabilizar la cáscara y perder la gramática.

Una red montada, que ya no se utiliza, se congela epistémicamente. Lo que conservamos puede perdurar materialmente, pero su significado se desvanece si se separa del uso. En estos casos, la conservación se convierte en una especie de silenciamiento.

La verdadera conservación conlleva mantener la práctica: permitir los gestos, las comunidades y los contextos que dan sentido a la forma. Exige el reconocimiento de las herramientas como agentes portadores de conocimientos, no como residuos inertes.

### **La reparación como continuidad**

En muchas tradiciones indígenas, la reparación no es degradación, sino conocimiento en movimiento. Reparar una herramienta es reafirmar su lógica, adaptarla a las necesidades actuales y prolongar su vida didáctica. Cada reparación codifica nuevos conocimientos: sobre cambios materiales, variaciones medioambientales o transformaciones sociales.

La conservación institucional, por su parte, trata la reparación como una contaminación. Una vez adquiridos, los objetos quedan fosilizados. Intervenir es comprometer la "autenticidad". Pero esto invierte la lógica del conocimiento vivo. Una herramienta que no puede repararse es una herramienta que ya no puede enseñar.

Cuando las instituciones niegan la legitimidad de la reparación, niegan los sistemas epistémicos que dependen de ella. Conservan la cáscara mientras permiten que desaparezca la teoría.

## **¿Puede una biblioteca aprender a considerar las herramientas como documentos?**

Tomarse en serio las herramientas como formas epistémicas exige repensar nuestras infraestructuras. Los sistemas de clasificación, los vocabularios descriptivos y los esquemas de metadatos deben pasar de la abstracción a la relación, y de la fosilización a la práctica.

Esto significa desarrollar marcos que puedan albergar conocimientos procedimentales, contingentes y no textuales. Significa crear un espacio para la anotación, la corrección comunitaria, el comentario por capas y la representación performativa.

Y, sobre todo, requiere humildad epistémica: el reconocimiento de que categorías como "documento", "registro" o "recurso" no son universales. Son producto de tradiciones literatas. En otros sistemas, el archivo no es una estantería, sino un gesto. No es una página, sino una mano en movimiento.

### **La memoria más allá de la página**

Aquí no se está hablando de diversidad representativa: añadir más objetos "culturales" a nuestras colecciones. Se está hablando de justicia epistémica: el derecho de los sistemas de conocimiento a ser preservados en sus propios términos.

Las herramientas no son curiosidades. Son filosofías materiales, que incorporan y expresan ideas de ecología, estacionalidad, ética material y suficiencia relacional. Confundirlas con artefactos es borrar el pensamiento que contienen.

Hasta que no aprendamos a leer una cesta como lo hacemos con un texto, a ver una trampa de caza como una proposición, o a entender un remo como parte de una gramática, seguiremos pasando de largo ante archivos vivos. No porque hayan desaparecido, sino porque no hemos aprendido a verlos.

## La taxonomía de la ausencia #08

### Cuando la memoria vive

#### Sobre archivos vivos, soberanía comunitaria y los límites de la lógica archivística

##### Repensar los fundamentos del archivo

La infraestructura archivística moderna se ha construido en torno a ciertos supuestos epistémicos: que el conocimiento se estabiliza mejor mediante la inscripción; que la memoria requiere fijeza para perdurar; o que la autoridad se deriva de la procedencia, la exhaustividad y la recuperabilidad. Estos supuestos rara vez se cuestionan y, sin embargo, sustentan la mayor parte de las actividades de las instituciones de conocimiento y memoria: desde la clasificación y el diseño de metadatos hasta la digitalización y la conservación.

También delimitan lo que se considera un archivo. Los objetos que no se pueden archivar, los textos que no se pueden fijar y los sistemas que se resisten a la normalización tienden a ser excluidos, o bien a ser domesticados en formas que se ajustan a los protocolos institucionales. El resultado es una visión limitada de la memoria, que privilegia el documento sobre el gesto, el registro sobre la relación y el artefacto congelado sobre el proceso vivo.

Pero en muchos contextos indígenas, rurales y comunitarios —especialmente en los trópicos— los archivos no se comportan así. No son lugares ni plataformas. Son sistemas de memoria incorporada que funcionan mediante la repetición, la actuación, la reciprocidad y la capacidad de respuesta. Son lo que podríamos llamar **archivos vivos**. No metafórica, sino funcionalmente.

## **Los archivos vivos como infraestructura de la memoria**

Un archivo vivo no se define por sus estanterías o servidores, sino por su política de circulación y por su puesta en práctica. El conocimiento no se almacena, sino que se activa en las condiciones adecuadas: un cántico entonado en una fase específica de la luna, una receta medicinal compartida en presencia de un árbol concreto, o una historia contada sólo durante el luto. No se trata de "tradiciones orales" en el sentido folclórico. Son protocolos para la gobernanza del conocimiento.

En estos sistemas, la memoria no es pasiva. Es situacional, encarnada y negociada. El archivo no es un contenedor, sino una coreografía. La autoridad no procede de la documentación, sino de la alineación: entre el narrador y lo narrado, la estación y la práctica, el hablante y la tierra.

No existe una versión fija, sólo instancias contingentes. Cada acto de recuerdo es una renovación de la memoria, no una recuperación de la misma. En este modelo, el binomio entre registro y uso se derrumba. El conocimiento sobrevive no porque se establezca, sino porque se hace relevante una y otra vez.

### **Por qué las normas archivísticas se quedan cortas**

Las herramientas archivísticas convencionales —taxonomías, esquemas de metadatos, normas descriptivas— no están preparadas para dar cabida a este tipo de epistemologías. Estas herramientas se basan en la idea de que el conocimiento puede separarse del contexto y hacerse legible mediante términos normalizados.

Pero los archivos vivos se resisten a esa abstracción.

Dependen de la *indexación relacional*: saber quién contó la historia, cuándo, dónde y por qué, y en qué términos éticos o cosmológicos puede compartirse. Estas dimensiones no pueden capturarse mediante campos MARC o elementos Dublin Core. Y no pueden ser forzadas a entrar en categorías ISO sin colapsar la lógica que las sustenta.

Los intentos de hacerlo —por muy bienintencionados que sean— suelen reproducir estructuras extractivas: convertir la memoria viva en "recursos", reformatear los protocolos comunitarios en conjuntos de datos, y someter las prácticas dinámicas a una lógica de conservación estática.

El problema no es tecnológico. Es epistemológico.

### **La política de la infraestructura de la memoria**

Los archivos vivos desafían no sólo las herramientas de la profesión, sino también sus estructuras de poder. ¿Quién define lo que se considera conocimiento? ¿Quién controla el acceso? ¿Quién decide cuándo una memoria es válida y en qué forma?

Estas cuestiones exigen pasar de la custodia a la *corresponsabilidad*. Las instituciones encargadas de la memoria no pueden seguir teniendo autoridad unilateral sobre la clasificación, el encuadre y la política de acceso. Los sistemas de memoria comunitarios no son versiones incompletas de los archivos institucionales, sino infraestructuras autónomas con sus propias lógicas de legitimidad.

Reconocer esto significa renunciar al control. Significa aceptar que la autoridad archivística es relacional y no de custodia, y que se negocia a través de la confianza, la reciprocidad y la inteligibilidad mutua. También significa permitir que el conocimiento siga siendo parcial, contingente y, en ocasiones, opaco. No porque sea deficiente, sino porque esa opacidad forma parte de su estructura ética.

## **Conservación sin congelación**

Durante mucho tiempo se ha considerado que la conservación es la prevención de la pérdida. Pero en los archivos vivos, la memoria no se conserva congelándola. Se conserva manteniéndola utilizable, significativa y en consonancia con el presente de la comunidad. La continuidad no se mantiene mediante la estabilidad, sino mediante la capacidad de respuesta.

Esto exige nuevos modelos de conservación: modelos que permitan la reanotación, la reinterpretación, la variación estacional y la corrección situada. En lugar de privilegiar una versión definitiva, estos modelos reconocen la memoria como algo estratificado e iterativo, conformado por relaciones cambiantes y condiciones en evolución.

Conservar un canto significa preservar las condiciones en las que puede cantarse. Conservar un ritual significa mantener activas las relaciones sociales y ecológicas que le dan coherencia. Sin ellas, lo que queda no es memoria, sino un artefacto sin función.

## **Aprender a moverse con el archivo**

El reto para los profesionales de la memoria no consiste en ampliar sus categorías o digitalizar de forma más exhaustiva. Se trata de reorientar sus marcos. Aceptar que no todos los sistemas de conocimiento aspiran a la inscripción. Que algunos archivos respiran, se adaptan y se niegan a quedarse quietos. Y que estas formas de memoria no necesitan la validación institucional para ser legítimas: sólo espacio, respeto y el derecho a permanecer en movimiento.

Una biblioteca o un archivo comprometidos con la justicia epistémica deben ser capaces de apoyar sistemas de memoria que no se parezcan a los suyos. Debe aprender a moverse, no para imitar las formas de los archivos vivos, sino para dar cabida a su diferencia. Y para

diseñar infraestructuras que sean flexibles, relacionales y responsables ante las comunidades a las que sirven.

En última instancia, el futuro de los archivos no se construirá únicamente mediante protocolos o plataformas. Se construirá desde la humildad y la colaboración con quienes han mantenido vivo el conocimiento sin necesidad de que nosotros lo recordemos.

## **La taxonomía de la ausencia #09**

### **Curadoría como gobernanza**

#### **Los archivos de biodiversidad y las políticas del territorio epistémico**

#### **La infraestructura de archivos como tecnología territorial**

En la era de la conservación global, los archivos de biodiversidad se han convertido en instrumentos cruciales para organizar el conocimiento ecológico. Pero bajo su barniz técnico se esconde una función más profunda: la gobernanza. Los archivos no se limitan a registrar especies, sino que promulgan jurisdicciones. Deciden qué conocimientos cuentan, en qué términos circulan y quién adquiere la autoridad para hablar en nombre de la vida en la Tierra. En este sentido, conservar la biodiversidad es gobernarla.

Aunque esto ya era cierto en los gabinetes y herbarios de la época colonial, la infraestructura actual —digital, distribuida y basada en metadatos— es más insidiosa. Funciona bajo la apariencia de neutralidad, ocultando a menudo su relación con las economías políticas, los regímenes de financiación y el control institucional. Los bibliotecarios, archiveros y administradores de datos no somos ajenos a esta dinámica. Somos sus facilitadores.

O sus sabotadores.

#### **El gran archivo de la extracción**

El archivo (colonial) de la naturaleza (y de todo lo demás, en realidad) no empezó con las hojas de cálculo. Empezó con los viajes. Con especímenes prensados, cuadernos numerados y los sueños taxonómicos del imperio. Desde Carl Linnaeus hasta Joseph Banks, la clasificación tenía un objetivo claro: traducir ecologías (y epistemologías) desconocidas en formas manejables, identificables y apropiables. El archivo era una forma de encerrar lo salvaje, de hacerlo legible para su extracción.

Las bases de datos de biodiversidad modernas continúan esta trayectoria. Plataformas como GBIF (Global Biodiversity Information Facility) o iDigBio agregan millones de registros: nombres, coordenadas, fechas de recolección, códigos institucionales. La arquitectura está distribuida, pero la lógica está centralizada. El conocimiento fluye hacia arriba. Los estándares de metadatos —Darwin Core, ABCD, vocabularios TDWG— se convierten en la lengua franca de la interoperabilidad global.

Lo que se oculta es la forma en la que estos sistemas desvinculan el conocimiento de sus contextos ecológicos, culturales y epistémicos originales. El archivo ya no es una vitrina. Pero su función sigue siendo el encierro. Governa con los mismos imperativos: estabilizar, clasificar, extraer, controlar, traducir.

### **Normalización y supresión de ontologías plurales**

La normalización es la base de la práctica archivística moderna. Permite la integración, las referencias cruzadas y la reutilización. Pero también impone un marco epistémico único.

En la conservación de la biodiversidad, por ejemplo, la normalización aplana la diversidad ontológica. Convierte las taxonomías estacionales, espirituales o basadas en el parentesco en descriptores morfológicos estáticos. Una planta conocida localmente como "portadora de la lluvia", que sólo se utiliza en rituales tras la segunda luna llena de la estación lluviosa, se convierte en un simple binomio latino. Sus metadatos pueden ser número de espécimen, código de herbario, o ubicación GPS. De su significado original no queda nada.

Esto no es casual. Como señalaron Bowker y Star en *Sorting Things Out*, los sistemas de clasificación codifican las prioridades de las instituciones que los crean. Lo que no se puede clasificar queda fuera. Y lo que queda fuera no puede ser gobernado, al menos no en sus propios términos.

No se trata de una mera cuestión de "sensibilidad cultural". Es una forma de supresión epistémica. Las ontologías que se centran en la relación, la obligación o la cosmología no se limitan a ser visiones diferentes del mundo: son mundos diferentes. Y no pueden mapearse a través de los campos Darwin Core.

### **Participación sin poder: la crisis de la co-curadoría**

Frente a las críticas a la ciencia vertical, "de arriba abajo", muchas instituciones promueven ahora enfoques horizontales y "participativos": ciencia ciudadana, seguimiento comunitario o redes de observación indígenas. A menudo se presentan como innovaciones inclusivas: formas de democratizar la recogida de datos.

Pero la participación sin control no es co-curadoría. Es *blanqueo epistémico*.

En la mayoría de los casos, los agentes locales introducen sus observaciones en plataformas centralizadas. Pero la arquitectura interpretativa permanece intacta. Las categorías son fijas. Los vocabularios están bloqueados. Las comunidades pueden recopilar datos, pero no definen qué cuenta como tal, ni qué significados pueden tener.

Esta asimetría rara vez se reconoce. La participación se mide por métricas —número de colaboradores, volumen de datos—, no por la autoridad sobre el encuadre. Sin embargo, es en el encuadre donde se construye el significado. Y el significado es lo que determina la política ecológica, las prioridades de financiación y las designaciones legales.

En la gobernanza de la biodiversidad (pero no únicamente en ella), el poder de nombrar es el poder de actuar. Sin ese poder, la participación se convierte en un mecanismo para extraer el conocimiento local bajo la ilusión de colaboración.

## **La curaduría como acto soberano**

En contextos institucionales, la curaduría suele definirse como una práctica técnica: asignación de metadatos, preservación digital, control de calidad.

Pero en contextos comunitarios, la curaduría es un acto soberano. Es el proceso mediante el cual un grupo determina cómo se almacena, activa y transforma su conocimiento a lo largo de las generaciones.

Esta curaduría no busca la legibilidad universal. Busca la continuidad. Se basa en la responsabilidad, no en la interoperabilidad. Y a menudo se resiste a las lógicas de aceleración, apertura y disponibilidad permanente que definen las infraestructuras basadas en plataformas.

Curaduría, en este contexto, no es digitalización. Es decidir qué se puede compartir, cuándo, con quién y por qué. Es custodiar el conocimiento. A veces mediante el silencio. A veces mediante la opacidad. A veces mediante el rechazo.

Este modo de curaduría no siempre puede externalizarse. No siempre puede ser capturado por vocabularios controlados ni esquemas de metadatos. Requiere que los bibliotecarios y archivistas renuncien a su papel de custodios y adopten una postura diferente: la de administradores relacionales que operan bajo una política de consentimiento epistémico.

## **El archivo como frontera biopolítica**

El archivo se considera a menudo un espacio neutral: un almacén, un repositorio, una herramienta para la memoria. Pero, en realidad, es una *máquina biopolítica*.

Las categorías que establece a nivel de biodiversidad —en peligro, invasor, endémico— no son meras descripciones. Son designaciones que afectan las políticas de uso del suelo, la financiación de la conservación y los permisos de bioprospección. Trazan límites entre la vida que debe protegerse y la que debe gestionarse. O extinguirse.

Lo mismo ocurre con otras áreas y epistemes, más allá de la biodiversidad.

Como estableció Achille Mbembe, los regímenes modernos de poder operan mediante la valoración diferencial de la vida. Los archivos participan activamente en este proceso. Determinan qué conocimientos y memorias de especies importan, qué espacios merecen preservación y qué información es admisible en el discurso político.

Estas decisiones rara vez se presentan como políticas. Pero lo son. Moldean el futuro social, cultural y territorial. Y lo hacen a través de la arquitectura de metadatos, no de la retórica frontal de la inclusión.

Quienes gestionamos los repositorios de conocimiento, memoria y biodiversidad deben afrontar esta realidad. No solo facilitamos el acceso. Contribuimos a trazar las fronteras del mundo ecológico y epistémico, y a decidir quién las cruza.

### **Hacia una práctica contra-archivística**

Si la curaduría es gobernanza, la *contra-curadoría* es resistencia. Y debe comenzar con el rechazo de la inevitabilidad infraestructural.

La arquitectura actual de los datos (incluidos los datos de biodiversidad) no tiene nada de natural. Refleja decisiones —epistémicas, políticas y técnicas— tomadas por instituciones con agendas específicas. Cuestionar estas estructuras requiere más que una simple crítica; exige la articulación de prácticas archivísticas fundamentalmente diferentes.

Esto implica reconocer las ontologías plurales no como "campos de conocimiento local" complementarios, sino como principios organizadores legítimos por derecho propio. Implica desarrollar modelos de *indexación relacional* donde la autoridad esté distribuida y donde el conocimiento siempre esté contextualizado por sus condiciones de uso. Requiere abandonar el fetiche por los datos limpios y descontextualizados, y en su lugar adoptar formas de documentación estratificadas, parciales, iterativas y responsables de sus orígenes, incluso cuando se resistan a la coherencia. Esto implica diseñar infraestructuras de archivo que permitan el rechazo: donde las comunidades puedan retener, censurar, reformular o silenciar sus datos según sus propios términos.

Nada de esto se trata de hacer que los sistemas existentes sean más inclusivos. Se trata de habilitar sistemas diferentes, regidos por lógicas diferentes y con fines distintos.

### **Si no podemos ceder el control, no somos administradores**

La labor bibliotecaria no se reduce a la gestión de la información. Es una responsabilidad política, ética y ontológica. Si aceptamos que las bibliotecas, los archivos y los museos (entre otros) estructuran el futuro —que determinan cómo se ve, se protege y se actúa sobre la vida en general—, entonces nuestros campos de metadatos, taxonomías y decisiones de catalogación son actos de creación de mundos.

Y si nos tomamos en serio la justicia epistémica, debemos preguntarnos: ¿De quién es el mundo que estamos creando?

La curaduría no es neutral. Curar es gobernar. Y si no podemos ceder el control sobre el conocimiento que poseemos —a quienes lo viven, lo poseen y lo cuidan—, entonces no somos gestores.

Somos simples administradores (y cómplices) de la extracción.

## La taxonomía de la ausencia #10

### Bibliotecas de ecos, archivos de silencios

#### Reimaginando la memoria a través del sonido

##### Resonancia, no vacío

Las bibliotecas (pero también los archivos y los museos) han sido, durante mucho tiempo, templos del silencio: lugares donde se podían leer, estudiar y controlar textos en ausencia de ruidos molestos.

Ese silencio, sin embargo, nunca fue neutral. Fue el correlato acústico del *literocentrismo* dominante: ese que privilegia la lectura y la escritura, y que convierte la página impresa en el único vehículo válido del conocimiento.

Pero los sonidos son documentos. Y las bibliotecas (y sus asociados) ya no pueden permanecer en silencio. Deben convertirse en *espacios comunes polifónicos*, donde la resonancia se comisiona, se superpone y se restituye. Nada de "cabinas de escucha" escondidas en un rincón, sino cámaras de resonancia en el mismo corazón de las instituciones. Espacios en donde los usuarios puedan sumergirse en paisajes sonoros forestales, historias de ruidos urbanos o cánticos rituales bajo protocolos definidos por la comunidad. En este modelo, las bibliotecas y otros espacios similares dejan de ser guardianes de textos silenciosos y se convierten en mediadoras de la memoria auditiva: lugares en donde la escucha misma se reconoce como una forma de conocimiento.

La resonancia siempre está entrelazada con el silencio. Una pausa en un ritual, la desaparición de una cigarra del coro del amanecer, el silencio repentino en un mercado: todas esas ausencias son también documentos cargados de significado. Reconocer el archivo sonoro es también reconocer que los silencios nunca están vacíos: son presencias,

relaciones y advertencias que deben leerse —o mejor dicho, escucharse— en sus propios términos.

Pero cuando se abre la puerta a las resonancias y a los silencios, surge inmediatamente la siguiente pregunta: ¿cómo gestiona la bibliotecología (y otras disciplinas del conocimiento y la memoria) esos sonidos una vez que entran en sus sistemas?

### **Metadatos, violencia y cuidado**

La respuesta es preocupante. Una vez capturado, el sonido suele reducirse a métricas: frecuencia, duración, amplitud. La bibliotecología ha heredado y reproducido esta "violencia". Los campos MARC, los elementos Dublin Core o los descriptores MODS, entre muchos otros, aplanan la memoria sonora y la convierten en meros formatos, soportes y encabezamientos de materia. La riqueza de un canto, el croar de una rana, los chismes de una abuela o los pasos en una procesión se reducen a un puñado de parámetros técnicos.

Una bibliotecología crítica debe resistirse a esta reducción creando *metadatos sonoros en capas*: descriptores que registren, entre otras cosas, la función de un sonido (presagio, tratado, alarma, broma), su significado cosmológico si lo tiene, las condiciones de su activación, o los permisos necesarios para su circulación. La catalogación deja de ser una tarea técnica y neutral para convertirse en un acto político: una declaración de solidaridad con las comunidades que generan conocimiento sonoro.

Sin embargo, la descripción por sí sola no es suficiente. La opacidad también debe normalizarse. El acceso abierto —uno de los valores más preciados de las ciencias de la información— no puede aplicarse sin criterio. Algunos sonidos deben mantenerse restringidos, inaudibles o efímeros. No se trata de censura, sino de *soberanía acústica*: el derecho de las comunidades y los territorios a gobernar sus propios paisajes sonoros. Por lo

tanto, un catálogo futuro debería incluir no solo puntos de acceso, sino también razones éticas para el no acceso. El silencio también debe indexarse.

Si los metadatos pueden herir, entonces las infraestructuras construidas sobre ellos deben replantearse. Los catálogos y los servidores no son contenedores neutrales: deciden cómo circulan resonancias y silencios, quién escucha y quién es silenciado.

### **Infraestructuras sonoras decoloniales**

El archivo colonial extrajo sonidos y los recodificó en el interior de bóvedas del norte. Una bibliotecología decolonial debería imaginar infraestructuras que permanezcan en el territorio. Esto implica repositorios descentralizados que se gestionen localmente en lugar de mediante servidores globales remotos; procesos de catalogación participativa que se configuren según categorías de escucha definidas con los poseedores del conocimiento; o sistemas híbridos capaces de mantener unidas diferentes lógicas epistémicas —datos bioacústicos, protocolos rituales, calendarios ecológicos— sin colapsarlas en un único marco universal.

El resultado no es un registro bibliográfico, sino un mapa acústico: una constelación relacional que vincula contextos ecológicos, sociales y éticos. Los usuarios no navegan por autor, título o tema, sino por eco, timbre o silencio, descubriendo el conocimiento como una red de resonancias en lugar de como objetos aislados.

Pero las infraestructuras nunca son solo técnicas. Se materializan en instituciones. Para imaginar sus implicaciones, debemos preguntarnos: ¿cómo sería una biblioteca o un museo si realmente escuchara?

## **Bibliotecas como laboratorios sónicos**

Aquellas instituciones de conocimiento y memoria que decidan escuchar no se limitarían a la preservación. Se convertirían en laboratorios sónicos: espacios controlados por la comunidad donde la escucha es un método. Esos laboratorios podrían reconstruir texturas sonoras en riesgo de desaparición, diseñar paseos sonoros participativos, mantener vivo el ruido de un mercado, o restituir fragmentos de archivo robados o silenciados.

Paralelamente, los museos podrían evolucionar hacia museos de eventos en lugar de museos de objetos. Los visitantes no se verían rodeados de vitrinas, sino envueltos por paisajes sonoros cuidadosamente comisariados: los murmullos de un ecosistema, los ecos de una protesta, el pulso de un festival, o la suavidad de una confesión susurrada. La autoridad cambia consecuentemente: los curadores dejan de explicar los objetos y comienzan a mediar en los protocolos de escucha establecidos por las comunidades de origen.

Y, sin embargo, incluso estas instituciones reinventadas corren el riesgo de reproducir la obsesión archivística por la permanencia. Para ir más allá, la bibliotecología debe enfrentarse a lo impensable: que algunos sonidos nunca deberían archivar.

## **Archivos que se rehúsan a la captura**

Uno de los desafíos más radicales para la imaginación archivística es reconocer que ciertos sonidos no están destinados a ser almacenados. Una futura bibliotecología debe aceptar la opacidad y la *impermanencia comisariada*: registros que expiran con el tiempo, se desvanecen por completo, o reaparecen solo en contextos rituales.

Esta propuesta ataca la propia esencia de la ideología archivística. Sugiere que el valor puede residir no en la preservación indefinida, sino en la *desaparición responsable* y la

incompletitud: una negativa a despojar a la memoria sonora de su carácter temporal y situado. El silencio, en este caso, no es el residuo de lo perdido, sino la forma en que un conocimiento insiste en ser recordado. Al institucionalizar la impermanencia, las bibliotecas y los archivos aceptarían que escuchar no se trata solo de capturar, sino también de dejar ir.

Tal rechazo no debilita la bibliotecología: la transforma. Si la memoria puede incluir la ausencia, entonces la propia profesión debe cambiar su ética y su identidad.

### **Hacia una bibliotecología de ecos**

La biblioteca del futuro no solo gestionará "big data", sino también gran resonancia: grabaciones ecológicas, diarios de audio ciudadanos, archivos de escucha automática... Pero a diferencia de los océanos de datos en crudo, estas colecciones sonoras deben estructurarse en torno a relaciones vibracionales y al cuidado: decidiendo qué sonidos circulan, cuáles se mantienen invisibles u opacos, y cuáles deben desaparecer.

Esto requiere de una nueva identidad profesional. Los bibliotecarios no pueden seguir siendo meros catalogadores o tecnólogos. Deben convertirse en *mediadores de resonancia*: custodios de ecologías sonoras, guardianes de la opacidad, facilitadores del eco. Su tarea no es la completitud, sino la incompletitud responsable: garantizar que la memoria sonora resuene éticamente a través de las generaciones, sin romper sus vínculos con el lugar, el protocolo o el silencio.

En definitiva, hablar de bibliotecas de ecos y archivos de silencios no es una metáfora, sino un principio de diseño. Los ecos nos recuerdan que el conocimiento viaja, muta y resuena más allá de su punto de origen. Los silencios nos recuerdan que algunos conocimientos sobreviven precisamente al reprimirse. Juntos, dibujan los contornos de una institución que ya no se construye solo en la página, sino en la sustancia vibracional, efímera y relacional de la memoria misma.

## **La taxonomía de la ausencia #11**

### **De crecimiento a decrecimiento**

#### **Repensar las bibliotecas y los archivos como infraestructuras ecológicas**

##### **Introducción**

Durante más de un siglo, el crecimiento ha funcionado tanto como métrica de éxito como ethos rector en Bibliotecología y Ciencias de la Información (BCI). Las instituciones han medido su prestigio por el tamaño de sus colecciones, la escala de sus instalaciones y la sofisticación de sus infraestructuras tecnológicas. La expansión ha sido sinónimo de progreso, señal de logro profesional y de relevancia institucional. Sin embargo, en el contexto de la crisis climática y de la escasez de recursos, este paradigma de crecimiento plantea interrogantes urgentes sobre la sostenibilidad. Las infraestructuras intensivas en energía y recursos de bibliotecas y archivos no pueden seguir estando desvinculadas de las realidades ecológicas que definen el presente siglo.

Este texto aboga por la introducción de *epistemologías del decrecimiento* en el discurso de la BCI. El decrecimiento, un marco emergente de la economía ecológica y de la teoría social crítica, no implica declive, sino que propone medidas alternativas de valor basadas en la suficiencia, la reparación y la resiliencia. Al reorientar las prácticas bibliotecarias y archivísticas desde la acumulación hacia la integración ecológica, la BCI puede comenzar a abordar tanto sus dependencias materiales como sus responsabilidades sociales más amplias.

##### **El imperativo del crecimiento en la BCI**

El imperativo del crecimiento tiene raíces profundas en la historia de la BCI. Desde las bibliotecas públicas financiadas por Carnegie a comienzos del siglo XX hasta la construcción de vastos repositorios de archivos, la identidad profesional se ha vinculado con frecuencia

a la acumulación. El tamaño de las colecciones, medido en metros lineales o en terabytes digitales, ha servido como indicador principal del valor institucional. De manera similar, la construcción de instalaciones a gran escala y con control climático ha simbolizado la modernidad y la autoridad profesionales.

Sin embargo, estos modelos orientados al crecimiento tienen un costo ecológico significativo. La expansión de las colecciones exige estrategias de preservación cada vez más intensivas en energía: desde sistemas HVAC de gran capacidad hasta servidores digitales especializados. Las cadenas de suministro globales que sostienen estas tecnologías son vulnerables a interrupciones y dependen con frecuencia de industrias extractivas. En un período de creciente inestabilidad climática, estas infraestructuras corren el riesgo de volverse tanto insostenibles como desiguales.

### **El decrecimiento como marco para la BCI**

El decrecimiento ofrece un marco alternativo que cuestiona la centralidad de la acumulación. En el pensamiento ecológico, el decrecimiento hace énfasis en la suficiencia por encima del exceso, la reparación por encima del reemplazo y la adaptabilidad por encima de la estandarización. Traducidos a la BCI, estos principios sugieren que el éxito profesional podría medirse no por el crecimiento en fondos o en metros cuadrados, sino por la capacidad de la institución para mantenerse materialmente sostenible y socialmente relevante bajo condiciones de restricción ecológica.

A diferencia de los discursos de la "eficiencia", que a menudo conciben la sostenibilidad como una optimización técnica dentro de sistemas ya existentes, el decrecimiento exige una redefinición de los objetivos institucionales. No se trata de preguntar cómo pueden crecer bibliotecas y archivos de manera más sostenible, sino de cuestionar si el crecimiento mismo debe seguir siendo el objetivo central. Este giro replantea el campo de la BCI dentro de luchas ecológicas y políticas más amplias, situando el trabajo de conocimiento y memoria

como parte de las infraestructuras que sostienen la vida, en lugar de presentarlo como contenedores neutrales de información.

### **Ejemplos reales de decrecimiento**

Aunque aún incipientes, varias iniciativas muestran cómo los principios del decrecimiento ya están moldeando la práctica bibliotecaria y archivística.

Un ejemplo es el Distrito Bibliotecario Anythink en Colorado (EE. UU.), que ha incorporado instalaciones con certificación LEED, diseñadas con sistemas de energía renovable y materiales de origen local. Aunque insertado en una economía orientada al crecimiento, el diseño de Anythink demuestra cómo las consideraciones ecológicas pueden reconfigurar la forma institucional, privilegiando la suficiencia y la reducción del impacto ambiental.

En el discurso profesional, el reconocimiento de que "el decrecimiento está llegando" ha comenzado a entrar lentamente en los debates de la BCI. En 2023 publiqué un texto en *American Libraries Magazine* en el que argumenté explícitamente que las bibliotecas deben comenzar a planificar escenarios de menor disponibilidad energética y de operaciones reducidas. Reflexiones como estas proponen nuevos criterios de evaluación, sugiriendo que la resiliencia y la responsabilidad ecológica deberían sustituir al tamaño de la colección o a la expansión de servicios como métricas dominantes del logro institucional.

A nivel internacional, la Federación Internacional de Asociaciones e Instituciones Bibliotecarias (IFLA) se ha involucrado directamente con el decrecimiento en sus sesiones sobre sostenibilidad ambiental. Basándose en metodologías indígenas y en el "true cost accounting", estas discusiones subrayan la necesidad de que las bibliotecas midan su impacto ecológico y social junto con los indicadores bibliométricos convencionales. Tales intervenciones representan pasos importantes hacia la incorporación de la responsabilidad ecológica en los estándares profesionales.

## **Localismo, *commoning* y prácticas bibliotecarias**

La teoría del decrecimiento enfatiza el localismo y el *commoning* como estrategias para reducir la dependencia de sistemas extractivos. Aplicados a la BCI, estos principios sugieren un desplazamiento desde la acumulación centralizada hacia prácticas distribuidas y enraizadas en las comunidades.

Una manifestación de este enfoque puede observarse en la proliferación de las Little Free Libraries en diversas regiones. Aunque modestas en escala, estas iniciativas impulsadas por la comunidad encarnan principios de suficiencia, circulación y gestión compartida. Desafían la idea de que el trabajo bibliotecario legítimo deba ser siempre grande, centralizado y administrado profesionalmente.

En un plano más formal, las bibliotecas que experimentan con la provisión de servicios localizados —a través de consorcios de intercambio de recursos, archivos comunitarios o estructuras de gobernanza participativa— ilustran cómo la BCI puede adoptar modelos de localismo abierto. Estos enfoques reducen la dependencia de cadenas de suministro masivas y refuerzan la resiliencia de las infraestructuras locales de conocimiento.

## **Reconsiderar las colecciones: suficiencia y relevancia**

Repensar el crecimiento implica también reconsiderar qué significa construir colecciones. Los modelos tradicionales suelen valorizar la expansión sin tener en cuenta de manera suficiente el costo ecológico o la relevancia a largo plazo. Desde una perspectiva de decrecimiento, se sugiere privilegiar la suficiencia y la relevancia contextual por encima de la acumulación.

Esto supone comisariar colecciones que apoyen directamente la resiliencia ecológica y las prácticas de conocimiento local, en lugar de ampliar fondos de manera indiscriminada.

Asimismo, exige repensar los sistemas de metadatos y de clasificación para representar adecuadamente la temporalidad, la estacionalidad y las formas de conocimiento relacional. Ajustes de este tipo acercan a la BCI hacia una práctica que, como indicadores de éxito profesional, valore más la profundidad y el contexto que la escala.

### **Reparación, mantenimiento y resiliencia en la BCI**

El decrecimiento prioriza la cultura del mantenimiento y la reparación. Para la BCI, esto implica una identidad profesional centrada no en la expansión continua, sino en la sostenibilidad de las infraestructuras a largo plazo. Los roles del personal podrían desplazarse hacia funciones de cuidado: reparar repositorios digitales, mantener archivos comunitarios, y garantizar que las colecciones existentes sigan siendo accesibles y utilizables bajo condiciones de restricción ecológica.

Esta orientación también sitúa la resiliencia como un valor profesional clave. En lugar de aspirar a una preservación permanente mediante medios intensivos en recursos, las instituciones podrían enfatizar estrategias adaptativas que acepten la impermanencia, la redundancia y la reparación como componentes integrales de la práctica bibliotecaria y archivística.

### **Implicaciones para la teoría, la educación y la política en la BCI**

Integrar el decrecimiento en la BCI tiene implicaciones significativas para la teoría, la educación y la política. Conceptualmente, replantea a las bibliotecas y archivos como infraestructuras ecológicas, inseparables de las condiciones materiales en las que operan. En el plano profesional, sugiere nuevas métricas de éxito: por ejemplo, reducción de la huella de carbono, integración comunitaria y capacidad de resiliencia frente a las disrupciones.

En el ámbito educativo, esto requiere incorporar la *alfabetización ecológica* y los marcos de decrecimiento en los planes de estudio, preparando a los futuros profesionales para gestionar instituciones en condiciones de escasez en lugar de abundancia. En el ámbito de las políticas, implica establecer estándares que contemplen no solo el valor informativo, sino también la responsabilidad ecológica y la justicia social.

## **Conclusión**

El paradigma del crecimiento ha marcado durante mucho tiempo la trayectoria de la BCI, pero resulta cada vez más insostenible en el contexto de la crisis ecológica. El decrecimiento ofrece una alternativa: un marco que prioriza la suficiencia, la reparación y la resiliencia por encima de la acumulación y la expansión.

Al reorientar sus infraestructuras, colecciones y prácticas profesionales en torno a la responsabilidad ecológica, las bibliotecas y archivos pueden redefinir su papel en el siglo XXI. No necesitan medirse por parámetros cuantitativos, sino por su capacidad de sostener comunidades, apoyar prácticas de conocimiento local y mantenerse viables bajo condiciones de restricción ecológica.

En este sentido, las bibliotecas y los archivos se convierten en espacios de cuidado: actores ecológicos, sociales y políticos insertos en las luchas que definirán el futuro del conocimiento y de la memoria.